

El anuncio de la fe en una sociedad en crisis económica y política

Matías García Gómez

El objetivo de este artículo no es tanto describir en detalle la compleja y profunda crisis por la que estamos atravesando, como dar pistas para suscitar una fe viva y consecuente, precisamente en estos tiempos de crisis. Pero, dada la complejidad del fenómeno, la mayor parte del espacio estará dedicada a ofrecer una visión panorámica de las dimensiones y niveles de dicha crisis.

Ya desde el comienzo nos asalta una no fácil pregunta: esa crisis *¿es un obstáculo o es una nueva oportunidad para la fe?* Para responder de alguna forma y para centrar el tema, colocándolo desde el comienzo en un marco de esperanza, adelanto estas dos observaciones teológicas.

Ante todo, que, a la luz de la revelación divina (es decir, de lo que Dios nos ha manifestado sobre sí mismo y sobre su plan de salvación respecto a nosotros), resulta necesario afirmar que *Dios está siempre cercano a todos los hombres*¹. Verdad es que hay momentos de la historia en que parece que Dios se aleja (o que nosotros nos alejamos de El), pero ese aparente alejamiento no tiene siempre que coincidir con su verdadera cercanía a cada corazón humano. Con Ranke, podemos, pues, decir que, en la historja, Dios es equidistante a cada época y

¹ Cf. *Hech* 10,35; *Lumen Gentium* 9.

persona, ya que –siempre y realmente– le ofrece a cada persona la salvación² y, con ella, lo que en el Cristianismo se entiende por fe.

Llegamos así a la segunda observación preliminar. La fe de que estamos hablando –*la fe salvífica*– es algo que, en última instancia, sólo captan con seguridad los ojos penetrantes de Dios; *algo que a nosotros siempre se nos escapa*, aunque podamos barruntarlo por medio de síntomas e indicadores exteriores. Lo dicho no quita importancia a las manifestaciones externas y sociales de la fe, pero sí llama nuestra atención sobre esta posibilidad: que una persona que se declara, e incluso que se considera a sí misma increyente, puede estar afirmando en el fondo de su corazón al Dios vivo con una profundidad mayor, que tal vez otra persona que se confiesa y se cree cristiano y católico ferviente, pero que –engañándose a sí misma– está en ese fondo alejada de Dios. Quede esto dicho como prólogo.

I. Niveles de la crisis.

En la actual crisis de nuestra sociedad se pueden distinguir estos cuatro niveles, de menor a mayor profundidad: el primero –que es más superficial y evidente– lo constituye la actual *crisis coyuntural* (económica y política), especialmente aguda en España; a éste sigue otro nivel más profundo y universal y también bastante obvio: la *crisis de modelos socioeconómicos e incluso de modelos políticos*; otro nivel –de mayor profundidad, pero del que normalmente se tiene mucha menor conciencia– es el constituido por una serie de *retos de nuestra época*, que amenazan el orden existente y que van a forzar –a medio plazo– una transformación profunda de nuestra actual sociedad a escala mundial; finalmente, en el último y más profundo nivel, podemos situar la *crisis de valores* y de calidad de cultura y civilización, que acompaña a todo lo anterior.

Sin pretensión alguna de exhaustividad y con el exclusivo objeto de poner un suficiente fundamento para la segunda parte, decimos a continuación alguna cosa sobre cada uno de estos niveles (con excepción del primero). En efecto; es tan evidente entre nosotros la actual *crisis coyuntural*, en su doble dimensión económica (paro, depresión, etc.) y política (desencanto, sospecha de ineficacia y corrupción, etc.), que –al menos en lo que toca a España– no parece necesario añadir nada sobre el primer nivel.

A. Crisis de modelos socioeconómicos y políticos.

Comenzamos por tanto por el segundo nivel: el de la *crisis de modelos socioeconómicos e incluso políticos* (la crisis del actual modelo de democracia).

² Cf. 1 Tim 2, 4; *Lumen Gentium* 16.

Aquí estamos ya ante algo de mucho más calado, ante algo mucho más universal y permanente que una mera crisis coyuntural y pasajera. Examinémoslo por partes.

1. *El derrumbe del «socialismo realmente existente»*: Antes de examinar la actual «crisis de los socialismos», conviene hacer al menos una breve referencia al *hecho desencadenante*, que ha provocado o, al menos, ha puesto en plena evidencia dicha crisis. Me refiero al rápido, radical y –para casi todos– inesperado derrumbe del llamado «socialismo realmente existente», es decir, del único socialismo estructural que se ha creado en el mundo. Todo eso se ha derrumbado (por ahora en los países de la inmediata órbita soviética) espectacularmente, como la estatua de que nos habla Daniel³, pero, a diferencia de ella, desde dentro, sin que ni siquiera haya sido necesario arrojarle una piedrecita desde el exterior⁴.

El *impacto emocional* y las consecuencias psicológicas de ese derrumbe las describía así, a raíz de los hechos, el gran analista político, de raigambre marxista, Maurice Duverger:

«Además de los trastornos materiales e ideológicos, que conlleva la desaparición del Comunismo soviético, esta desaparición es un drama para los millones de fieles que creyeron sinceramente en él y que lucharon para que triunfara. Por otra parte, a todo el mundo le afecta el hecho de que la utopía más grandiosa que los hombres hayan intentado realizar a lo largo de la historia se haya transformado en una gigantesca impostura, en un gigantesco engaño. Los humillados, los dominados, los indefensos, los pobres, los desgraciados, los miserables, los explotados, los proletarios ya no tienen la esperanza de un paraíso en el que todos los hombres serían iguales de hecho, como fueron proclamados iguales de derecho. La pérdida de esta esperanza terrenal deja un vacío inmenso, del mismo modo que la pérdida de la esperanza celestial que conlleva el declive de las religiones»⁵.

Quédese aquí esta impresionante cita, no sin antes subrayar de ella que, no sólo se ha derrumbado una esperanza, sino que el pretendido fundamento de ella se ha evidenciado como una gigantesca impostura, por seguir usando la expresión de Duverger. Eso significa ante todo que –culpable o inculpablemente, pero ciertamente con mucha ligereza– se ha jugado con los débiles, y se ha encandilado a los pobres con un gigantesco engaño, para luego dejarlos caer en la desesperación y en la miseria.

³ Dan 2

⁴ Cf. F. EGUIAGARAY, *Europa del Este. La revolución de la Libertad. Crónica de la mayor transformación social del s.XX*, Ed. del Drac, Barcelona 1993.

⁵ M. DUVERGER, *El Paraíso perdido*: El País, 21-XI-1991, p. 8.

Pero hay más. Si el final del siglo veinte ha puesto en evidencia un gigantesco autoengaño, una gigantesca ilusión y –lo que es peor– una gigantesca impostura, todo ello debería hacernos reflexionar –y no lo estamos haciendo en medida suficiente– sobre cómo y por qué nos hemos dejado engañar así.

2. *La desaparición del marxismo doctrinal*: La afirmación contenida en este epígrafe requiere sin duda algunos «distingos» y matizaciones, pero «grosso modo» me parece verdadera. El derrumbe del «socialismo realmente existente» ha arrastrado consigo –en primer lugar– el derrumbe del marxismo doctrinal, al menos en estos dos sentidos.

El marxismo doctrinal, entendido, ante todo, *como filosofía* omnicompreensiva (el llamado «Materialismo Dialéctico»), e incluso como simple filosofía de la historia (el «Materialismo Histórico») estaba devaluado hace ya hace bastantes años, incluso para muchos marxistas. El derrumbe del «socialismo realmente existente» ha confirmado esa devaluación y casi desaparición. Pero, junto con la del Materialismo Histórico y Dialéctico, también se ha consumado la devaluación y desaparición (o, mejor dicho, la «falsación») de lo que constituía su núcleo principal: el llamado «*socialismo científico*», en oposición –hecha por el mismo Marx– a los «socialismos utópicos».

Es sabido que, ya en la primera mitad del XIX, cuando el capitalismo comenzaba a evidenciar sus primeros frutos amargos, muchas personas de buena voluntad reaccionaron frente a él, por motivos básicamente éticos. Cayeron en la cuenta de que el capitalismo era un sistema inhumano y se propusieron superarlo o, al menos, humanizarlo.

Pero Marx, el Marx de la madurez, fue mucho más lejos. No sólo se propuso superar el capitalismo; tuvo además la altiva pretensión de afirmar que sus análisis del capitalismo y de las leyes de la historia conducían inexorablemente a esta conclusión «científica»: el capitalismo llevaba en su misma entraña la fuerza social que iba a acabar con él y, por tanto, se podía estar seguro del triunfo del socialismo, y con él de todas las contradicciones básicas de la existencia humana. En esto consiste la originalidad del marxismo y esto es lo que diferencia al «socialismo científico», de lo que Marx denominaba despectivamente «socialismos utópicos». Ese pretendido carácter científico es además el que explica el éxito del marxismo y lo que el pensador socialista Ignacio Sotelo llama su «irresistible fascinación» durante más de un siglo⁶. Pero –precisamente, por eso– él también ha operado como tapadera y justificación de infinitas crueldades y de una enorme opresión.

⁶ I. SOTELO, *El Socialismo democrático*, Ed. Taurus, Madrid 1980, p. 28.

Pues bien, hoy sabemos que *Marx se equivocó*. Se equivocó, *en primer lugar*, en todas sus predicciones respecto a la pronta caída del capitalismo, respecto al modo revolucionario de esa caída y respecto a la localización de esa revolución precisamente en los países de capitalismo más avanzado. Marx se equivocó, *en segundo lugar*, al apuntar a los rasgos esenciales de la nueva sociedad socialista, que lógicamente tenían que manifestarse en cuanto se lograra abolir lo que, según él, constituía la raíz más profunda de la injusticia y la inhumanidad del capitalismo: la propiedad privada de los medios de producción.

Si algo ha puesto la historia de relieve con dramática evidencia, ha sido esto: que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción es compatible con un sistema opresor y que, por lo tanto, dicha abolición, tal vez sea necesaria (y tampoco lo parece), pero desde luego no es requisito suficiente para la construcción de una sociedad más humana. En definitiva, *hoy sabemos con evidencia lo siguiente*: primero, que las estructuras inhumanas del capitalismo no llevan en su propia entraña una dinámica de humanización; en segundo lugar, que, si forzamos las cosas para cambiar revolucionariamente el mundo, puede muy bien ocurrir, que la alternativa sea un sistema igualmente inhumano; p.e. el del «socialismo realmente existente» y que –tras su fracaso– nos encontremos de nuevo en el punto de partida⁷.

La tremenda lección que debemos sacar de todo lo anterior es la siguiente: que sabemos muy poco sobre los caminos que conducen a una alternativa humanizadora del capitalismo y sobre las características que deberá tener ese sistema que se desea. Sabemos también que –al menos en lo que toca a estos dos puntos concretos– el marxismo, en vez de ser una guía, puede ser –y ha sido– una instancia perturbadora, que de hecho ya ha funcionado como ideología legitimadora de nuevas opresiones.

3. *La crisis del Socialismo democrático*: Nos limitamos en este epígrafe a ésta reciente cita de I. Sotelo, cuyo tenor literal no compartiríamos del todo, si es que apunta, no sólo a un declinar histórico y a una seria *crisis de los socialismos* (en eso estaríamos de acuerdo), sino incluso a una verdadera «caída» de todos ellos (incluida la social-democracia), a remolque del «atronador derrumbamiento del comunismo»:

«No faltaron los ingenuos que interpretaron la caída del comunismo como una victoria tardía del socialismo democrático, sin prever que podía arrastrar a la socialdemocracia, sobre todo con la debilidad, creciente desde mediados de los setenta, del Estado del bienestar. El hecho es que el atronador derrumbamiento del comunismo ha remolcado a su principal contrincante, el socialismo

⁷ Cf. MATÍAS GARCÍA, *La autogestión*: Rev de FomSoc 34 (1981), 362.

democrático, que hoy intenta malamente sobrevivir, renegando de sus señas de identidad, lo que acelera aun más la caída»⁸.

Estamos en cambio de acuerdo con la explicación que él da sobre la permanencia de esa crisis, de forma especial en lo que respecta a España. «El caso español –nos dice a continuación– no deja de ser llamativo, al haberse hundido la izquierda manteniendo el poder». En cuanto a las causas de la crisis, él insinúa –aunque con otras palabras– la incapacidad de aceptar la nueva situación y extraer de ella (y del pasado) las pertinentes lecciones y, sobre todo, «haber eliminado por completo la democracia de la vida interna de sus organizaciones» y haber cerrado los ojos a la corrupción, si no es que se la ha potenciado desde el poder y con el exclusivo objetivo de mantenerse en él.

4. *La crisis del capitalismo triunfante*: Hablar de crisis del capitalismo puede parecer paradójico e incluso contradictorio. En efecto, otra de las consecuencias obvias del derrumbe del «socialismo realmente existente» es que *el capitalismo se ha quedado sin adversario histórico*. Incluso se ha llegado a decir que hemos llegado al «fin de la historia», puesto que sólo se mantiene en pie un único modelo de sociedad.

Pero ¿es esto verdad? En mi opinión, no. Con todos los matices que sea necesario añadir, para diferenciar el actual capitalismo del capitalismo del siglo XIX, *el capitalismo continúa siendo –al menos en el plano internacional– el monstruo que se evidenció ser en el siglo pasado*. Lo más valioso de la obra de Marx creo que fue su análisis (ético y económico) del capitalismo de su tiempo, análisis que –a diferencia de otras partes de su obra– continúa en lo esencial siendo válida⁹, incluso para el capitalismo actual a escala mundial.

Lo que ocurre es que, ese análisis, verdaderamente científico, lo mezcló el mismo Marx con sus elucubraciones sobre el «socialismo científico», es decir, sobre la alternativa al capitalismo y sobre las vías que debían conducir inexorablemente a ella. Esas elucubraciones son las que han marcado la concreta dinámica de los socialismos modernos y las que condujeron al aciago experimento del único «socialismo realmente existente». Deslumbrados así por la «fascinación del Marxismo», *hemos perdido más de un siglo* para la invención de una verdadera alternativa o, al menos, de unos arneses y riendas que nos permitan dominar suficientemente el carácter monstruoso del capitalismo. Por eso el monstruo sigue en pie y bien vivo, casi en absoluta libertad (sobre todo en el ámbito internacional) e incluso con la pretensión de ser ahora el señor de la historia.

⁸ I. SOTELO, *El hundimiento de la izquierda*: El País 21-II-1994, p. 15.

⁹ Cf. E.M. UREÑA, *Karl Marx Economista*, Ed. Tecnos, Madrid 1977; y *El mito del cristianismo socialista*, Unión Ed., Madrid 1984, p. 9 ss.

Pero no es así; no puede ser así. En un congreso (lógicamente de carácter muy restringido), celebrado en Yugoslavia durante el año 1981, presenté una ponencia en la que proponía la recuperación de la actitud básica que caracterizó a los socialistas «utópicos»¹⁰. Como ellos, debemos seguir buscando –por razones éticas y con métodos éticos– *una respuesta humanizadora frente al monstruo del capitalismo*. Pero hemos de hacerlo rechazando la «hybris» y la pretensión marxiana de conocer «científicamente» las claves del futuro y rechazando también la tentación de forzar su advenimiento por métodos totalitarios,

5. *Crisis del actual modelo de democracia*: A la crisis de los dos grandes modelos socioeconómicos, hemos aun de añadir otra: la del actual modelo de democracia. No pretendo decir que el ideal democrático esté en crisis. Todo lo contrario. Pero sí que están en crisis algunos de sus modelos concretos.

Sólo puedo dejar apuntado el tema: tal vez porque *el Estado se ha hecho demasiado grande y demasiado complejo*, y también por la tendencia, especialmente acentuada en determinadas ideologías políticas (entre ellas las de orientación socialista), a desdibujar la distinción entre Sociedad civil y Estado, éste último se ha ido convirtiendo poco a poco en algo opaco y *casi incontrollable para la gran mayoría de los ciudadanos*. En cambio eso mismo lo vuelve *muy manipulable para los «grupos energéticos»*, que logran instalarse en los entresijos del poder y que, una vez instalados, desnaturalizan los clásicos controles de una verdadera democracia (división de poderes, sociedad civil fuerte) y, una vez hecho eso, utilizan la maquinaria del Estado y su fuerza de penetración en el tejido social, para manipular a los ciudadanos y perpetuarse en los puestos directivos. Cuando ese proceso se consolida, surge además la tentación de utilizar esa misma maquinaria para el enriquecimiento personal, con la seguridad de poder eludir todo control eficaz.

No faltan signos de que, en España, tanto la corrupción impune, como, sobre todo, ese proceso de falseamiento y desnaturalización de la democracia están muy acentuados. Bastantes españoles empiezan ya a estar seriamente preocupados por el fenómeno de la corrupción (o de la simple sospecha de corrupción, que es en sí un enorme mal). Pero no estoy seguro de que sean tan conscientes del otro fenómeno, que es sin duda el más radical: el del *posible falseamiento y desnaturalización de la democracia en España*¹¹.

¹⁰ Cf. *art. cit.* en nota 6, p. 364 y 368.

¹¹ Además de innumerables comentarios en las publicaciones periódicas, la estricta bibliografía sobre este polémico tema (que lógicamente se concreta en el llamado «Felipismo») es ya muy abundante. Reseñamos ante todo estas obras de carácter general y de diversas tendencias: P. CAMBRA, *Socialismo no es libertad. El verdadero programa del PSOE*, Ed. Dossat, Madrid 1979;

La alusión a España sólo tiene aquí un carácter ejemplificador. Por desgracia, el peligro de desnaturalización de la democracia ha adquirido hoy una dimensión universal, por la misma complejidad de las sociedades modernas. Por otro lado, las técnicas para la conquista del poder se han hecho hoy mucho más sutiles y posiblemente los autoritarismos que ahora nos amenazan tenderán a imponerse bajo capa de democracia.

B. Nivel de valores y de calidad de civilización y cultura.

Por razones de claridad expositiva, anteponeamos este otro apartado, que habíamos anunciado para el segundo lugar y que trata ya del *nivel más profundo*

J. ONETO, *¿A dónde va Felipe? Cambio, año I. La historia del primer año socialista. Secretos y entresijos del cambio*, Ed. Argos, Madrid 1983; ID., *El secuestro del cambio*; A. SARASQUETA, *El abuso de Estado*, Plaza & Janés, Barcelona 1985; TUSSEL y SINOVA, *El secuestro de la democracia*, Actualidad y Libros, Espluges-Llobregat 1991; Tradición, Familia, Propiedad, *España, anestesiada sin percibirlo, amordazada sin quererlo, extraviada sin saberlo. La obra del PSOE*, Ed. Fernando III, Madrid 1988; P. J. RAMÍREZ, *La rosa y el capullo. Cara y cruz del felipismo*. Ed. Planeta, Barcelona 1989; J. L. GUTIÉRREZ y A. DE MIGUEL, *La ambición del Cesar. Un retrato político y humano de Felipe González*, Ed. Temas de Hoy, Madrid 1989; R. DE LA CIERVA, *España, la sociedad violada. Dónde estamos. Adonde nos llevan. Qué va a pasar. ¿Hay alternativa?*, Planeta, Barcelona 1989; ; J. DE ESTEBAN, *El Estado de la Constitución. Diez años de gobierno del PSOE*, Ed. Libertarias-Prodhufi, Madrid 1992; ANTONIO GUERRA, *Las Filípicas. Diez años de gobierno socialista. 1982-1992*, Planeta, Barcelona 1992; ALFONSO GUERRA y J. F. TEZANOS (ed.), *La década del cambio. Diez años de gobierno socialista 1982-1992*, Ed. Sistema, Madrid 1992; FUNDACIÓN «HUMANISMO Y DEMOCRACIA» (ed.), *El decenio González*, Ed. Encuentro, Madrid 1992. F. JIMÉNEZ LOSANTOS, *La dictadura silenciosa. Mecanismos totalitarios en nuestra democracia*, Ed. Temas de Hoy, Madrid 1993; J. L. OTERO NOVAS., *Nuestra democracia puede morir*, Plaza & Janés, Barcelona 1987.

A ellos se pueden añadir los siguientes títulos sobre temas monográficos, p.e. sobre Alfonso Guerra: M. MIRALLES y F. J. SATUÉ, *Alfonso Guerra. El conspirador*, Temas de Hoy, Madrid 1991; sobre el GAL: M. MIRALLES y R. ARQUES, *Amedo, el Estado contra ETA*, Actualidad y Libros, Espluges-Llobregat 1990; sobre RUMASA: E. EKAIZER, *José María Ruiz Mateos, el último magnate*, Plaza & Janés, Barcelona 1985; sobre corrupción y relación Poder y Dinero (en general): M. MIRALLES, *Dinero sucio. Diccionario de la corrupción en España*, Temas de Hoy, Madrid 1992; J. CACHO, *Asalto al poder*, Temas de Hoy, Madrid 1989; *Duelo de titanes*, Temas de Hoy, Madrid 1989; *Pedro Toledo. El desafío*, Temas de Hoy, Madrid 1990; J. CACHO y GARCÍA-ABADILLO, *La estafa, Ibercorp y el fin de una era*, Temas de Hoy 1992; sobre la «nueva clase» filipista (beautiful people): J. L. GUTIÉRREZ, *Miguel Boyer. El hombre que sabía demasiado*, Temas de Hoy, Madrid 1991; R. HERAS, *El clan y dioses de barro*, Temas de Hoy, Madrid 1980; sobre financieros del ala guerrista: J. DÍAZ HERRERA y TIJERAS, *El dinero del Poder. La trama económica en la España socialista*, Ed. Cambio, Madrid 1991; J. DÍAZ HERRERA y J. L. GALLACHO, *La rosa y bastón*, Temas de Hoy, Madrid 1992; sobre otros personajes de actualidad: E. PÉREZ y M. A. NIETO, *Los cómplices de Mario Conde*, Temas de Hoy, Madrid 1991; J. RIVASÉS, *Mariano Rubio. Los secretos del Banco de España*, Temas de Hoy, Madrid 1991; A. PIÑEIRO, *Los March*, Temas de Hoy, Madrid 1991, etc.

de la crisis: el correspondiente a los valores y a la calidad de civilización y cultura, producto (y, a la vez, concausa) de todo lo anteriormente expuesto y de lo que diremos en el último apartado. A partir de este momento, nos tenemos que contentar –por razones de espacio– con brevísimas alusiones a los diversos aspectos aun no abordados, pero sin desarrollar ni casi justificar ninguno de ellos.

1. *El economicismo y sus consecuencias*: El hombre moderno, es, ante todo, un ser profundamente marcado por eso que constituye el *común denominador del capitalismo y del socialismo: el economicismo*. El economicismo se basa en la persuasión –que luego termina por convertirse en norma e ideal de comportamiento– de que la persona humana *sólo* se mueve (al menos, en último término) por el interés y los condicionamientos económicos.

Deseo advertir que la «mentira» del Economicismo radica en la insistencia unilateral en la parte de verdad que proclama (la evidente tendencia del ser humano al egoísmo), es decir, en ese «*sólo*» que he destacado del texto y en la negativa práctica a aceptar, cultivar y tener en cuenta otras fuerzas (de carácter generoso y altruista), que también existen en el hombre. Pues bien; esa afirmación –no matizada, contrastada ni compensada– del economicismo ha conducido de hecho a su fomento y cultivo y, a través de él, a la generalización de un tipo de persona materializada, consumista, hedonista e inmediateista.

Todo lo anterior está, a su vez, íntimamente emparentado con otro de los rasgos fomentados en muchos de nuestros contemporáneos por las ideologías dominantes durante casi todo este siglo. Nos referimos al *eficacismo*, con todo lo que él comporta: en primer lugar, la *magnificación de los medios* (hay que ser eficaz «como sea» y «a costa de lo que sea»), ya se trate de enriquecerse con rapidez o de hacer un mundo más justo (aunque para ello haya que forzar las cosas hasta extremos inhumanos). Dicha magnificación de los medios suele conducir, a su vez, a la *volatilización de la ética* (en la práctica, la ética es casi siempre ética de medios) y, en último término, a la pérdida del sentido de los fines. Por otro lado, el eficacismo inmediateista ha fomentado en el hombre moderno una insensata repulsa a la aceptación de las limitaciones de la condición humana y lo ha despojado de la necesaria paciencia histórica.

Ese mismo eficacismo ha conducido además a una *justificación y magnificación de la violencia* (e incluso del terrorismo), ya se trate de la violencia represora, propia de los totalitarismos y autoritarismos de derechas, ya de la violencia más propia de las izquierdas (tanto la revolucionaria, como la ejercida desde el poder). Ambas dinámicas pueden además independizarse de todo fin más o menos noble o justificado, para ponerse al servicio de meros intereses egoístas, convirtiéndose así en pura violencia y terrorismo criminal y mafioso.

Otro de los amargos frutos de las ideologías que han dominado este siglo –en este caso, sobre todo, de la marxista– ha sido la *inversión de la correcta relación*

persona y estructura. No pretendemos negar en forma alguna la importancia que tienen las estructuras, pero creer que un mero cambio de estructuras (sobre todo si se fuerza de forma inhumana) conduce a la construcción de un «hombre nuevo», es una ilusión y un engaño, que ha sido trágicamente desmentido por toda la historia reciente. Por otro lado, esa unilateral insistencia en el condicionamiento de nuestras conductas por las estructuras ha volatilizado el concepto mismo de culpa y ha proporcionado a muchos un cómodo pretexto para eludir responsabilidades.

2. *El inesperado giro de fines de siglo*: Nos parece evidente que casi todas las características que acabamos de describir continúan marcando –en mayor o menor medida– a muchos de nuestros contemporáneos. Pero el hombre y el ambiente actual está además marcado –a veces en forma contradictoria y, desde luego no uniforme– por una serie de nuevos rasgos, surgidos en el horizonte histórico durante las dos últimas décadas y que, en parte, han sido provocados por el hastío frente a las ideologías y por el fracaso de muchas de sus realizaciones.

Nos contentamos simplemente con enumerar algunos de esos rasgos, renunciando a todo tipo de sistematización e incluso a las convenientes matizaciones¹².

– Encapsulamiento en un individualismo, egoísta, desencantado y descomprometido, aunque normalmente no agresivo.

– Tendencia a refugiarse en lo privado (familia, grupos de amistad, nuevas místicas), pero evitando todo lo que implique compromiso estable.

– Afán de experimentarlo todo, aunque de modo superficial para evitar el compromiso (fiestas, bullicio, viajes, sexo sin vínculo e incluso sin amor, bebidas, droga).

– Tendencia a entender la libertad, no como ejercicio lúcido de la propia responsabilidad, sino como carencia de condicionamientos externos y de límites y pautas morales para las decisiones arbitrarias de cada individuo.

– Desesperanza, desinterés y pereza en la búsqueda de la verdad y de los valores objetivos.

¹² La descripción que sigue en el texto coincide bastante con los rasgos que suelen atribuirse al fenómeno de la *postmodernidad*. Cf. p.e. J. M^a. MARDONES, *Postmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*, Sal Terrae, Santander 1988; y también su folleto: *El desafío de la postmodernidad al cristianismo*, Ed. Sal Terrae (Cuadernos FyS), Santander 1988. Me interesa sin embargo subrayar la continuidad de valores –no obstante las obvias diferencias– entre Modernidad y Postmodernidad.

- En el fondo (y en el límite), relativización de toda verdad y de todo valor, hasta considerarlos simples ficciones, que sólo tienen una dimensión subjetiva.

- Con cierta frecuencia hastío de todo lo anterior, deseo ineficaz de superarlo, pero sin energía, perspectivas de salida, ni voluntad real de proponérselo.

C. Los nuevos retos.

Prosigamos. Además de toda la problemática inherente a la actual crisis de modelos socioeconómicos y políticos, toda otra serie de nuevos hechos y retos epocales -de carácter mundial y planetario- está ya poniendo en cuestión el orden existente. A pesar de la resistencia e incapacidad del talante postmoderno para reconocer y enfrentarse con esos retos, su fuerza objetiva terminará imponiéndose, obligándonos a cambiar.

1. *Pobreza y desigualdad*: El primero de estos retos epocales es el de la creciente desigualdad entre países y personas pobres y países y personas ricos. Su síntoma más dramático es la pobreza extrema y el hambre¹³. Para aludir a lo más esencial de ese reto se acuñó -hace ya bastantes años- la expresión de *tercer mundo* (y también la de Norte-Sur). Con ellas se pretendía ensanchar nuestra visión de la problemática mundial, haciéndonos ver que ésta no se reducía a la tensión entre los llamados primer y segundo mundo. Por debajo de ella y a un nivel de mayor profundidad, estaba la que oponía el mundo de los países ricos y poderosos al de los pobres y débiles.

Basten los siguientes datos: En 1989, la quinta parte más rica de la población mundial, es decir, el 20% de toda ella (mil millones de personas aproximadamente), contaba con el 82,7% de todos los ingresos mundiales, quedando sólo el 17,3% de los ingresos para el 80% restante de toda la población mundial (4.000 millones de personas). De ella unos 2.000 millones viven en condiciones que pueden calificarse de grave pobreza y otros 1.000 millones más viven en los márgenes de la pobreza. El extremo más desfavorecido de este tercer mundo lo forma la quinta parte más pobre de la misma población mundial (es decir, otro 20%), constituida igualmente por unos mil millones de personas, que tienen que conformarse con sólo el 1,4% de los ingresos mundiales.

¹³ Cf. a este respecto W. BRANDT (Dir.), *North-South: A Programme for Survival* (Informe Brandt) Ed. Pan Books 1980; COMISIÓN MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL DESARROLLO, *NUESTRO FUTURO COMÚN* (Informe Brundtland) Alianza Editorial, Madrid 1988; y asimismo los informes anuales más recientes de NACIONES UNIDAS (*Informe sobre la situación social en el mundo*, Ed. N.U., Nueva York), BANCO MUNDIAL (*Informe sobre el desarrollo mundial*, Ed. Banco Mundial, Washington) y PNUD [PROGRAMA DE LAS N.U. PARA EL DESARROLLO] (*Informe sobre el desarrollo humano*, Ed. ONU); especialmente claro e incisivo es -entre éstos últimos- el de 1991, subtítulo *El abismo de la desigualdad*; de él tomamos los datos del texto.

Por otro lado, la disparidad media entre el 20% más rico (en el cual se sitúa también España) y el quinto más pobre es de 1 a 60, con el agravante de que dicho desfase sólo era de 1 a 30 en el año 1960. Ello quiere decir que el «abismo de la desigualdad» entre el mundo más rico y el más pobre se ha duplicado en sólo 30 años.

Recientemente se han acuñado dos expresiones para referirse a otros dos inquietantes y nuevos aspectos de este mismo problema. Se llama *cuarto mundo* al que malvive en las crecientes islas de pobreza y marginación, que están proliferando en el seno de las sociedades ricas. El *quinto mundo* a su vez viene representado por ese grupo de países, cuya pobreza es tal, que ya apenas cuentan en el comercio mundial: ni venden, ni pueden comprar nada; son como si no existieran.

2. *Los condicionamientos de un mundo limitado*: Aunque no exclusivamente, el reto al que acabamos de hacer alusión tiene un carácter básicamente ético. Tal vez por eso viene siendo hasta ahora menospreciado por nuestra dureza de corazón. En cambio este nuevo reto –ante el que también estamos cerrando los ojos– terminará por imponerse por la fuerza de los hechos.

El primer aviso serio nos lo dio en 1972 el primer informe del Club de Roma, bajo el título de *Los límites del crecimiento*¹⁴. En síntesis, su mensaje es el siguiente: el actual índice de *crecimiento económico* (provocado por el *aumento de la población* y por la tendencia a elevar cada año el *nivel individual de renta*) es insostenible; necesariamente dicho crecimiento se realiza a costa de consumir drásticamente *recursos*, que no se podrán reponer ni substituir, y a costa de *contaminar* el planeta hasta límites que harán muy difícil la vida en él. Si no se pone pronto remedio a esta tendencia, *el actual sistema de producción* (y con él la producción de alimentos, el nivel de vida y la misma población) *colapsará hacia mediados del siglo XXI*. Cuanto más tarde se reaccione, en peor situación quedará para mucho tiempo la humanidad. La conclusión o solución que se propone a nivel mundial es la que se expresa en la frase «crecimiento cero», es decir, la pronta estabilización de la población y de la producción industrial en niveles no muy superiores al actual.

Han pasado más de 20 años y, en conjunto, las predicciones del Club de Roma, a pesar de las muchas críticas parciales, no han hecho sino confirmarse. En 1992 los mismos autores del primer informe volvieron sobre el tema, ahora bajo el título de *Más allá de los límites del crecimiento*¹⁵. Su anterior mensaje

¹⁴ D. H. MEADOWS, ETC., *Los límites del crecimiento*. [Primer] Informe al Club de Roma sobre el Predicamento de la Humanidad, Fondo de cultura económica, México 1972.

¹⁵ D. H. MEADOWS, ETC., *Más allá de los límites del crecimiento*, Ed. El País y Aguilar, Madrid 1993 (original inglés de 1991).

queda matizado así: aunque ya se han sobrepasado determinados límites, que condicionarán negativamente el futuro, aún estamos a tiempo para reaccionar y evitar la catástrofe. Pero urge tomar medidas.

A la luz de este y de otros varios informes que se han publicado en estos últimos años, conectando este tema con el anterior de la pobreza y la desigualdad¹⁶, se llega con suficiente seguridad a las siguientes conclusiones: 1ª. El *primer mundo* tiene que frenar drásticamente el despilfarro, la producción irracional y la tendencia a un continuo crecimiento y consumo; sobre todo deberá disminuir el consumo de energía y la contaminación. 2ª. El *tercer mundo* tiene que ser seriamente ayudado por el primero, desde el doble punto de vista técnico y financiero; pero, aun así, nunca podrá llegar a los actuales niveles de consumo y bienestar material del primer mundo (ese nivel no es universalizable). 3ª. Si quiere sobrevivir, *toda la Humanidad* deberá tender a un desarrollo sin crecimiento económico, es decir, a un profundo cambio de calidad de cultura y de valores.

3. *Otros retos del presente.* Para concluir adecuadamente este apartado habría también que tratar de algunos otros retos del presente, que nos vemos ahora obligados a solo mencionar; casi todos ellos son rebrotes de viejas raíces del pasado, que ahora vuelven a retoñar por todas partes con inesperada violencia: me refiero a la *xenofobia* (ocasionada en parte por las nuevas «transmigraciones», por motivos políticos o económicos), a los *fundamentalismos* de todo tipo y al refloreamiento de los *nacionalismos excluyentes*.

II. Pistas para el anuncio de la fe en el seno de esa crisis.

A. Un talante evangelizador para tiempos de crisis.

Esta breve segunda parte no pretende ofrecer recetas, pero sí algunas pistas sobre el talante evangelizador que deberíamos adoptar ante la situación descrita en la primera.

Enlacemos ante todo con las dos observaciones teológicas, que nos sirvieron de prólogo. Primera: que, no obstante las apariencias, en la historia Dios permanece siempre cercano a todos los hombres, ofreciéndole a cada uno la posibilidad real de salvación. Segunda: que la fe salvífica, es decir, esa reacción y respuesta del ser humano, por la que –cada uno a su modo– se abre a la verdad y acepta (o rechaza) en libertad la salvación ofrecida, es siempre un misterio más o menos oculto en lo más profundo del corazón de hombre.

¹⁶ Además de los citados en la nota 12, cf. A. KING y B. SCHNEIDER, *La primera revolución global* [último informe al Club de Roma], Ed. Plaza & Janés, Madrid 1991 y R. GOODLAND, H. DALY, S. EL SERAFY Y B. VON DROSTE (ed.), *El respeto del medio ambiente en el desarrollo económico: avances desde el informe Brundtland* [Informe Goodland], Ed. UNESCO, París 1992.

¿Qué se deduce de ahí, para saber cómo debe ser nuestra actitud o talante evangelizador?.

1. *Respeto a cada conciencia individual*: Ante todo, dicho talante exige de nosotros una *realista aceptación de la realidad*, es decir, de la concreta situación del mundo en general y de cada persona respecto a Dios. Aun en la hipótesis de que hoy nos hallemos ante un mundo enfermo (o mejor, ante un mundo de enfermos) en lo que toca a la relación de los hombres con Dios, esa situación tenemos que aceptarla, al menos como punto de partida y como parte del plan global de Dios, que siempre es salvífico.

Pero ello a su vez significa que nuestro deseo de ofrecer eficazmente el evangelio a los demás (concordable con la aceptación del punto de partida) tiene siempre que armonizarse con un *profundo respeto a la conciencia individual de cada persona*. La declaración sobre la Libertad Religiosa del Vaticano II ha sido un gran don de Dios a su Iglesia para estos tiempos de crisis. Ella nos enseña que esa «conciencia» es el eslabón concreto que liga a cada hombre con Dios y el camino necesario para acceder a El, en caso de estar apartado (*Dignitatis humanae* 3). Su mensaje central es el siguiente: que todo hombre tiene ciertamente la obligación de buscar sinceramente la verdad (utilizando todos los medios a su alcance) y de adherirse a la verdad conocida, pero que también tiene el derecho a que nadie violente su conciencia (*ibid.* 2), ya que «la verdad sólo se impone por la fuerza de la misma verdad» (*ibid.* 1) y la misma fe es un don de Dios, que tiene su tiempo y ritmo para cada persona (cf. *ibid.* 10).

Por su parte la Constitución Dogmática sobre la Iglesia del mismo Vaticano II completa dicha enseñanza, con esta otra: que *la persona que sigue sinceramente el dictamen de su propia conciencia se salva* (y que, por tanto, llega a la fe, aunque sea de formas y por caminos ocultos a nuestros ojos). Y ello aunque no sea cristiana; más aún, aunque ni siquiera crea de forma explícita en Dios. Oigamos esos textos, consoladores y exigentes a la vez:

«Quienes, ignorando el Evangelio sin culpa, sin embargo buscan a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de su conciencia, pueden conseguir su salvación eterna. Y la divina providencia tampoco niega los auxilios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan por llevar una vida recta, no sin la gracia de Dios» (*Lumen Gentium* 16).

Esa doctrina tiene mucha *importancia práctica*. Puede además iluminar y consolar a numerosas madres y padres cristianos, que viven hoy –con desconcierto y angustia– el distanciamiento de algunos de sus hijos, adolescentes o mayores, respecto a la fe. A tales personas convendría decirles: No os angustiéis y, sobre todo, no forcéis las cosas. Vuestros hijos no están perdidos. Respetad su

situación y su concreto punto de partida (su conciencia). Eso sí, fomentad en ellos –sobre todo con el ejemplo– la sinceridad en la búsqueda de la verdad y la coherencia de vida con los dictámenes de su propia conciencia. Ofrecedles y mostradles con obras vuestra fe; dando razón de ella, pero sin imponérsela.

2. *Mostrar la aceptación de la fe como algo razonable y humanizador*: Las últimas frases del párrafo anterior nos introducen ya en la segunda de las características de lo que debe ser un correcto talante evangelizador en estos tiempos de crisis. Sin duda tenemos que respetar las conciencias de nuestros hijos y de nuestros contemporáneos, ya que los consideramos personas, es decir, seres responsables y dotados de razón. Pero, por el mismo motivo, también *debemos considerarlos capaces de abrirse y aceptar ese gran don de la fe*. Debemos, por tanto, mostrársela y ofrecérsela, para que la puedan compartir gozosamente con nosotros. Eso sí, al ofrecer esa fe, deberemos esforzarnos –sobre todo con nuestro ejemplo– por *hacerles comprender que su aceptación es razonable* y que su posesión plenifica y enriquece la vida de cada persona y el mismo orden social¹⁷.

En estas últimas décadas, el Espíritu Santo ha avivado y clarificado en su Iglesia la conciencia de su misión de servicio respecto al mundo (incluso en su dimensión temporal), y ha impulsado a muchos cristianos a entregarse generosa, y a veces heroicamente, a esta misión. Por otro lado, el mismo Espíritu también ha sensibilizado al resto del mundo, en relación a esta dimensión, de tal forma que ella se ha convertido en una de las claves para la valoración y, por tanto, para la aceptación o no de la fe y de la Iglesia. Hay, pues, que continuar decididamente en esa línea, pero evitando ciertos escollos, que no siempre se han obviado suficientemente en el reciente pasado.

Ante todo, *el principal motivo de ese dinamismo no debe ser el afán apoloético*, sino el amor de Cristo, que nos urge a construir un mundo mejor, lo reconozcan o no los demás. Pero, eso dicho, también debemos procurar con humildad y sencillez que esa dinámica del Cristianismo sea comprensible y atractiva para los demás, sin dejar de reconocer nuestros fallos y debilidades personales, que empañan ante ellos el reconocimiento de esa dinámica.

En segundo lugar, el cristiano debe saber que esa misión de la Iglesia respecto al orden temporal no lo dispensa de la *trabajosa búsqueda de los caminos concretos que conducen a la humanización y liberación*, ni del riesgo de equivocarse al actuar. Verdad es que su fe, y la visión global del hombre que ella conlleva, le ilumina los objetivos últimos, pero apenas le dice nada sobre los medios concretos. Esos ha de buscarlos él, tanteando con humildad junto con los

¹⁷ 1 P 3,15–16.

demás hombres, sin dar nunca la impresión de saber con seguridad el camino y, sobre todo, *sin elevar sus análisis humanos –siempre discutibles– a categoría teológica*, convirtiendo así su fe en un mesianismo de liberación intramundana.

Tampoco se deberá dejar encandilar por otros mesianismos de todo tipo, de los que ha sido tan fértil el siglo actual, y que –precisamente por haber prometido a corto plazo y con seguridad la construcción de un paraíso en la tierra– han servido también para justificar altísimas cotas de opresión y barbarie.

Nada de lo dicho justifica sin embargo la inacción, ni nos priva del estímulo de la esperanza. Nos dice la GS., que a los que aceptan y practican en fe el mandamiento nuevo del amor, Dios «les da la certeza, de que abrir a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles» (n. 38). Eso continúa siendo verdad, aunque tengamos que buscar a tientas los caminos, aunque nunca sepamos con anterioridad (y a veces ni siquiera con posterioridad) en qué se va a concretar el fruto, aunque no se nos dispense de la experiencia del fracaso y aunque sepamos que estamos abocados a una tarea inacabable, que durará tanto como la historia.

3. *No ocultar las exigencias más específicas de la fe:* Para hacer ver que creer (fiándonos de Dios y abriéndonos al misterio) es no es algo irracional, no es preciso falsear o reducir el contenido de la fe. Todo lo contrario: a la verdadera fe sólo se llega, cuando se ha *afrentado y superado el escándalo y la aparente necedad de Jesús*, el Hijo de Dios, hecho hombre y crucificado por nosotros¹⁸. Porque, sólo a través de esa revelación, se comprende en plenitud lo que paradójicamente más convence a los hombres de la sublimidad del Cristianismo (con tal de que se lo mostremos prácticamente en nuestras vidas): su doctrina y praxis sobre el amor; un amor que abraza en su ámbito a los enemigos (*Mt 5, 43–48*) y que exige el perdón sin límites (*Mt 6, 14; 18, 21–22*); un amor que se concreta sobre todo en la cercanía a los más necesitados (*Mt 25*) y en la solidaridad activa con los pobres y los oprimidos, en la línea marcada por el Magnificat (*Lc 1, 46–55*) y las Bienaventuranzas (*Mt 5*); un amor, en suma, como el vivió que Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida por todos (*Mt 20,28; Jo 15, 12–13*); un amor que se basa en esta persuasión: que el grano de trigo tiene que morir para dar fruto y que el que ama su vida la pierde, mientras que el que es capaz de entregarla por amor, la gana, realizándose en plenitud como persona humana y delante de Dios (Cf. *Jo 12, 23–28*).

B. Aplicación a nuestros niveles de análisis.

Esa es la forma eficaz de anunciar la fe en estos tiempos de crisis. Pero además *una fe así vivida puede prestar un gran ayuda en la tarea de poner*

¹⁸ 1 Cor 1–2

remedio a la misma crisis, en sus diversos aspectos. Para terminar, vamos a recorrerlos muy brevemente, aunque no en el mismo orden.

1. *La sanación cristiana de la crisis de valores*: Es evidente que una fe como la que acabamos de describir ayudaría grandemente a superar en su raíz, ante todo, el *economicismo* y con él la actitud materialista, consumista y hedonista que lo acompaña; en segundo lugar, el *inmediatismo eficazista*, la *magnificación de la violencia* y la falta del sentido de los límites y de la paciencia histórica. Nos ayudaría finalmente a recuperar una correcta concepción de la *relación entre responsabilidad personal y condicionamientos estructurales*. Por tanto, todo eso vale para sanar los contravalores heredados de las ideologías que han dominado el siglo (es decir, los contravalores de la modernidad), que paradójicamente perviven en la actual situación de desencanto y pasotismo, de superficialidad y diletantismo, de abulia y pereza vital y, sobre todo, de pérdida del sentido de la verdad y del bien (los contravalores típicos de la postmodernidad).

Pero además el tipo de fe activa –humilde y esperanzada a la vez– que hemos propuesto creemos que vale también para sanar *los nuevos contravalores* y, sobre todo, para *conservar y armonizar –en una nueva síntesis– los valores de la modernidad y los nuevos de la postmodernidad* (que también los tiene).

2. *Respuesta a los retos profundos*: Nos parece igualmente que esa fe activa, inseparable del amor cristiano y de su exigencia de justicia y de sabiduría, puede ayudar a dar una respuesta adecuada a los grandes retos del presente: es decir, en primer lugar, al *reto ético de la pobreza y de la desigualdad*; en segundo lugar, al reto (ético y vital a la vez) que exige la mayor conciencia de que nuestro mundo, nuestro planeta, es limitado y no soporta ya la actual tendencia al crecimiento; más aun, que está ya reclamando el establecimiento de *un nuevo orden económico mundial*, que, al menos para el primer mundo, implicará la aceptación de algo muy parecido al «crecimiento cero» y la *invención de un nuevo ideal de «desarrollo»*.

3. *Reacción ante la crisis de modelos*: Finalmente nuestra fe –una fe como la que hemos descrito– puede también ayudarnos y alentarnos a superar la actual crisis de modelos socioeconómicos y políticos. Es preciso encontrar *una alternativa más humana al Capitalismo triunfante*, pero hay que hacerlo con plena conciencia de que también todos los socialismos están en crisis y han cometido en el pasado graves errores. Hay que repensar urgentemente los actuales *modelos de democracia*, precisamente para salvarla de sus adulteraciones y corrupciones, comenzando por la *partitocracia*.

Pero, si no queremos caer en los mismos errores y horrores del pasado, conviene que intentemos llevar adelante esa tarea *con menos soberbia y altanería*, evitando todo dogmatismo, la tentación de imponer las soluciones por la pura fuerza y el establecimiento de nuevos regímenes autoritarios o totalitarios.

Es pues necesario caminar por el arduo camino del diálogo perseverante y esperanzado, lo cual a su vez exige tesón, paciencia y perseverancia.

Concluimos con una referencia a nuestro objetivo inicial: creemos sinceramente que una Iglesia, es decir, unos cristianos con una fe como la descrita, son capaces, no sólo de contribuir a la superación de la crisis actual, sino, sobre todo, de hacer creíble esa misma fe y de transmitirla a las siguientes generaciones.

Matías García